

mente blancas y muy movibles, el cuerpo rechoncho como lo es el del oso, y por último, la cola larga, cubierta de abundante pelo, adornada con anillos y levantada en alto, forman un conjunto en extremo gracioso, en especial cuando estos animales corren ó trepan. Sus movimientos, que tienen algo de pesado, llaman vivamente la atención del espectador, el cual siente particular interés hácia los pequeños animales por la expresión bonachona y risueña que presentan sus rostros.

»Sin embargo, yo deseaba presenciar algo nuevo; así es que arrojé un raton muerto á la vieja. Con la rapidez del viento abalanzóse esta sobre él; dióle primero un fuerte mordisco en la cabeza, como si el muerto pudiese volver á morir; lo puso delante de sí en el suelo, y teniéndolo sujeto por las patas delanteras, comenzó á comérselo por las posteriores. Causóme esto alguna sorpresa; pero el guardian me manifestó que los coatis tenían la costumbre de comer así su presa, empezando siempre por la cola y no, como otros animales, por la cabeza. Le eché luego una rata, y pude convencerme de que era verdad lo dicho por el guardian: mordiéndola también en la cabeza, la olfateó luego y principió á devorarla, comenzando por la cola y concluyendo por aquella. El raton había sido devorado en pocos segundos; pero no sucedió lo mismo al comerse la rata; pues empleó en ello mas tiempo, y, según pude comprender, los pequeñuelos querían también participar de la comida, á lo que, sin embargo, se opuso seriamente la madre. Ya sea que temiese que les causara algun daño el comer de aquella carne, ya sea, y esto es lo mas probable, que llena de egoísmo, no pensara mas que en sí sola, gruñó irritada; echó á derecha é izquierda á los hijuelos, y como estos se resistieran á obedecerla, los arrojó lejos de sí con las patas delanteras. Levantáronse precipitadamente los pequeñuelos y se colocaron alrededor de la madre, que estaba aun comiendo, mirándola con grande afán é interés, meneando siempre la nariz y husmeando y describiendo á veces con las colas levantadas en alto pequeños círculos, al modo que suelen hacerlo los gatos: ¡linda imagen del anhelo infantil! Cuando al fin no quedaba del sabroso bocado mas que un pedacito, que, dicho sea de paso, tampoco lograron alcanzar los pequeñuelos, fué la madre á esconderlo del mejor modo posible en un agujero, á una altura de medio metro sobre el suelo, al que estos no podían en manera alguna llegar; y saciada y contenta se fué trotando á su yacija, donde se acostó para descansar, mientras tenia lugar el curioso y animado lance siguiente:

»Habían quedado, sin que la madre se apercibiera de ello, dos pedacitos de la piel de la rata, y los pequeñuelos se abalanzaron sobre estos mezquinos restos con una avidez, que no he visto igual en mi vida. Hubo tales brinco y algazara, que de tanto reír se me saltaron las lágrimas de los ojos. Aquellos cinco rostros abigarrados, aquellos cinco cuerpos lanudos y aquellas cinco colas enhiestas corretean, dan tumbos, se confunden y entrelazan entre sí, corren, caen, échase el uno sobre el otro, ruedan sobre el entarimado, produciendo un espantoso ruido; precipítanse sobre la paciente madre, suben y bajan del árbol, y sucédense estos movimientos con tal rapidez, que es difícil seguirlos uno tras otro con la vista. Una vez en escena, los pequeñuelos se ensayan en ejercicios y habilidades, que no están á su alcance todavía: trepan á lo alto del árbol, que está en medio de la jaula, y caen luego al suelo con todo el peso de su cuerpo; intentan subir de nuevo; corren á lo largo de las ramas horizontales; pierden el equilibrio, volviendo á correr inminente peligro de venir al suelo; sostiénense con dificultad en el extremo de la rama, y una vez llegados allí, ya no es fácil tomar una resolución acertada. Volverse por el estrecho sendero por el que han venido, es imposible, pues son un obstáculo para ello su pe-

sadez y torpeza; bien lo ensayan varias veces; pero nada consiguen, y no queda otro recurso que saltar: el audaz trepador desprende de las ramas sus patas anteriores, llegando casi á tocar al suelo con las puntas de los dedos; vacila algunos momentos y se resuelve, por fin, á dar el salto. En aquel momento uno de sus hermanos acierta casualmente á pasar corriendo debajo de él; se le echa encima, dando un grito, y un tercero, que persigue al atropellado, retrocede lleno de espanto, mientras los dos que se encontraron por casualidad continúan ahora solos las carreras. De este modo cazaban los pequeños coatis, persiguiéndose unos á otros en el interior de su jaula, hasta que estuvieron fatigados; y los dos mas ágiles se quedaron dueños del campo y de la codiciada presa. Los demás se fueron á calmar su hambre en las tetas de la madre, despues de haberme proporcionado con los varios y caprichosos grupos que formaron, una serie de encantadores cuadros de familia.

»Si nada de extraordinario lo impide, los pequeños coatis cazan absolutamente del mismo modo que los padres. Al modo que todos los plantigrados, andan con mucho tiento dentro de su jaula; registran cuidadosamente cien y mil veces cada agujero; sepáranse formando parejas; juegan unos con otros del modo mas divertido; persigüense mutuamente; trepan á lo alto del árbol ó se encaraman sobre la madre, la cual lo soporta todo con inagotable paciencia, y aunque raras veces se muestra cariñosa, se somete á los caprichos de sus hijuelos. Por la noche se recogen todos en el regazo de la madre, presentando de nuevo el cuadro ya descrito; y cuando esta cree que han mamado lo suficiente, se tiende á un lado y se echa á dormir, tanto si ellos continúan, como no, mamando. Los coatis se conducen de un modo tan gracioso, que yo nunca me cansaba de contemplar la citada familia, por mas que esto me hiciera perder mucho mas tiempo del que, como artista, debía consagrar á la observación de esos animales.»

**DOMESTICIDAD.**—En todos los países donde habitan coatis, se los ve á menudo domesticados. Saussure dice que de todos los mamíferos de cierta talla, estos son los que mejor se pueden tener en este estado. Son muy comunes en las viviendas de los indios, y con frecuencia se llevan á Europa. Es cosa fácil criar coatis, por pequeños que sean: se les alimenta con leche y frutas; mas tarde se les da carne cruda ó cocida, particularmente de vaca, que es la preferida. Aunque no muy aficionados á las aves y pequeños mamíferos, no desprecian semejante presa: puede decirse que para la generalidad de estos animales no es absolutamente indispensable el régimen animal; no se muestran ávidos de carne, y se contentan también con el vegetal. A la inversa de los otros carnívoros, no tratan de sorprender á las aves, lo cual indica claramente que en su estado libre se alimentan de insectos y plantas mas bien que de vertebrados. Debe tenerse cuidado de que no les falte el agua; beben mucho y con frecuencia, y lo hacen á la manera de los perros, si bien levantando el extremo del hocico para que no les toque el líquido.

Rara vez se tienen los coatis pequeños encerrados en jaula: es preferible ponerles un collar de cuero y atarlos á un árbol en el patio, teniendo cuidado de que no estén á la intemperie en tiempo de lluvia continuada. No es de temer que roan sus ligaduras cuando se hallan atados.

Durante el día está casi siempre en movimiento; duerme de noche y algunas veces también de día. Si el calor se deja sentir bastante, se tiende á la larga; en otro caso se enrosca echándose de lado, con la cabeza escondida entre las patas delanteras. Cuando le echan la comida, la coge entre los dientes y se aleja de su guardian todo lo que permite la cadena.

Antes de comer la carne, el coati la araña con las uñas de

las patas delanteras; rompe los huevos golpeándolos contra el suelo y se bebe ávidamente el contenido. Muerde los melones y las naranjas, á veces introduce en el fruto una de las patas delanteras, arranca un pedazo y lo lleva en seguida á la boca. Un coati que tenia Bennett bebía la sangre con ansia, y cuando le daban un animal buscaba siempre la parte mas sangrienta. Gustábanle también las brevas de tal modo que, apenas podía escaparse, corría á las higueras; sabia distinguir los frutos maduros de los verdes, y abrialos para chupar el contenido. Despues de lamer la sangre del animal que acababan de darle, revolvióle entre sus patas delanteras, le sacaba los intestinos y los devoraba antes de tocar á las demás partes. En el jardín escarbaba la tierra á la manera de los cerdos, sacando cada vez un gusano ó una larva de insecto, cuya presencia le revelaba su olfato. Bebía levantando la nariz, de modo que no se le mojase.

El coati cautivo no necesita que se le cuide de una manera especial, pues se amolda á todas las circunstancias. Acostúmbrase al hombre, aunque sin profesarle particular afecto, como sucede con los monos; juega con todo el mundo y con los demás animales, bien sean perros, gatos, gallinas ó ánades; pero no le gusta ser molestado en sus comidas: por muy domesticado que esté, muerde á cualquiera que trate de quitarle su alimento.

El coati cautivo conserva su carácter independiente: no se somete á la voluntad del hombre; la sujeción le encoleriza; ni aun los golpes le hacen obedecer; se defiende vigorosamente, mordiéndolo mismo á su guardian que á las personas desconocidas. Cuando reconoce la superioridad de su adversario, se enrosca, apoya la cabeza sobre el pecho y la cubre con sus patas delanteras para preservarla de los golpes; es probable que tema le hagan daño en la nariz, que es muy sensible. En tales circunstancias, da un silbido fuerte y prolongado, que no lanza comunmente sino cuando tiene hambre ó sed, ó se aburre; y aprovecha todas las oportunidades de dar un golpe á su adversario. No le inspiran temor los perros; se defiende aun con mas valor al ser acometido por estos que cuando le acusa el hombre. Sus fuertes caninos, cortantes por ambos lados, le son sumamente útiles, porque ocasiona con ellos mordeduras profundas y peligrosas. Sin ser provocado, precipítase á menudo contra los perros desconocidos y los hace huir.

Fácil es comprender que tratándose de un animal tan irritable y de carácter asaz independiente, no ha de ser empresa llana el enseñarle la menor habilidad, debiendo considerarse como caso raro y excepcional el hecho citado por Rengger, de un coati que obedecía á la voz de su amo y se hacia el muerto como un perro de aguas. Poco se tarda en conocer que el coati es uno de los mamíferos de su talla menos inteligentes; ninguna consecuencia lógica se descubre en sus actos; tiene escasa memoria; no se acuerda de los buenos ó malos tratamientos ni tampoco de los percances que pueden haberle ocurrido; de donde resulta que no conociendo el riesgo, se expone á él con frecuencia.

Si está libre en una casa, es muy molesto, pues todo lo olfatea y lo registra, derribando cuanto ve. Tiene mucha fuerza en la nariz, y sabe servirse de sus patas delanteras con destreza suma. No deja de tocar nada: cuando encuentra un libro vuelve todas las hojas, golpeándolas alternativamente y muy ligero con cada una de sus patas; si le dan un cigarro lo deshace; si ve un objeto derecho, le da una manotada con la pata derecha, y luego con la izquierda, hasta que al fin lo derriba. Desbarata ó desarregla una habitación ó biblioteca antes que se pueda sospechar lo que hace; siendo en todos conceptos un animal incómodo. El coati no está quieto un instante; muerde, exhala un olor fuerte de almizcle, desagra-

dable en alto grado, y deja en cualquier parte sus fétidos excrementos. Tiene la particularidad de frotarse él mismo la cola cuando le atormentan las pulgas ó padece alguna erupción, que le causa escozor. Bennett le ha visto frotarse los pelos de la cola, no solo con sus propios excrementos, sino también con la cola líquida ú otras sustancias pegajosas; luego se contenta con lamerla ó lavarla en agua.

Weinland ha observado que, sin causa justificada, cobran cariño los coatis á ciertas personas y aborrecen á otras. Invitan á unos con un murmullo particular á que les acaricien y les rasquen, y arañan á los demás, enseñándoles los dientes apenas se acercan á su jaula. No dejan de tomar el alimento de manos de estos últimos, pero nunca se familiarizan completamente con ellos. Bennett refiere que cierto coati, que contestaba á su nombre como un perro, obedeciendo cuando se le llamaba sin pensar nunca en hacer uso de sus dientes, corría á menudo por su jaula como un furioso, dando vueltas en redondo y mordiéndose la cola. Si se acercaba á alguien, gruñía, chillaba y amenazaba morder; pero una vez libre, era el animal mas dócil del mundo.

Las observaciones de Enrique Saussure concuerdan perfectamente con estas, mas como hay en ellas algunos detalles interesantes, creo oportuno darlos á conocer á mis lectores.

»Mi coati domesticado, dice, me siguió durante varios meses en mi viaje; estaba atado con una cuerda delgada y nunca trató de romperla. Cuando iba yo á caballo, conservaba el equilibrio sobre el cuadrúpedo; nunca trató de fugarse ni causó daño alguno. Por la noche le ataba á cualquier objeto, y hasta le permitía correr libremente por el patio. Por mucha que fuese su docilidad, tenia, no obstante, momentos de rabia y entonces trataba de morder; pero un ligero castigo bastaba para hacerle entrar en razon. Una hembra que tuve hácia la misma época era todavía mas mansa.

»En 1856 atravesé con ellos los Estados-Unidos para llevarlos á Europa, y al efecto los puse en un cajon provisto de sus compartimientos, y que podía abrirse por medio de una cubierta de enrejado. Tuvimos que sufrir grandes frios, por las nevadas y los hielos; los coatis permanecían acurrucados entre la paja y no parecían deseosos de salir.

»Antes de ser completamente adulto, mostrábase el macho inclinado á morder, bien fuese por aburrimiento, ó porque desease retozar; procuraba coger el dedo que se introducía por su cajon; y al desembarcar en Francia, á un aduanero demasiado curioso le mordió hasta hacerle sangre.

»Hallándome cerca de Ginebra, tuve á mis coatis varios meses en el campo. Parecía gustarles la sociedad del hombre; durante mis paseos seguíanme corriendo á derecha é izquierda, trepaban á los árboles y abrian agujeros en tierra. Eran joviales y retozones como los monos: si encontraban un transeunte precipitábanse sobre él, trepaban por sus piernas, y en un momento estaban sobre sus hombros; tirándose entonces al suelo, huían presurosos satisfechos de aquella jargarreta. Esto era no obstante muy incómodo para las mas de las personas, y por eso me ví en la precision de no dejarles correr tan libremente, tanto mas cuanto que, acostumbrándose á la independencia, hacian menos caso de su amo. Eran aficionados á pasearse, pero cuanto mas se alejaban de la casa, menos les gustaba volver á ella; de modo que varias veces hube de mandar á buscarlos á la distancia de media legua.

»Se les puso en una pradera, atados á una cuerda muy larga, y allí se entretenían en escarbar el terreno para buscar insectos, sin que nunca trataran de romper sus ligaduras. Como era verano, no les podía molestar ya el frio; pero en cambio no dejaban de excitarles los muchachos y los curio-



sos, de tal manera que aquellos animales perdieron lo poco que aun conservaban de buena indole. Despues de haber pasado dos meses al aire libre, comenzaron á darnos mucho que hacer; desatábanse con frecuencia y huían á lo lejos, costando no poco trabajo encontrarlos. Por lo general se les veía en los grandes árboles de los pueblos vecinos; á veces se enredaba la cuerda que arrastraban tras sí, oprímiales el cuello y se les hallaba entonces colgados y medio muertos. En cierta ocasion fué muy difícil volver el macho á la vida.

»Hasta entonces habian sido muy dóciles con su guardián: pasaban horas enteras jugando ó durmiendo sobre la falda de una mujer, que no tenia miedo de ellos y los trataba con bondad en vez de amenazarles y asustarles; pero poco á poco volvióse el macho maligno y mordía cuando se acercaban á él. Siendo ya peligroso, se le encerró con su hembra en un cuarto vacío, mas á la mañana siguiente no estaban ya los coatis allí; habian trepado por la chimenea, saltando luego desde el tejado á la parrá. Despues de haber vagado por el pueblo, encontraron antes de amanecer á una anciana y



Fig. 311.—EL KINKAJU

los dejaban en el suelo, habiase calmado comunmente su cólera. Mi criado pudo sujetar así al fugitivo, mas no le separó bastante; el animal llegó á cogerle, y como estaba muy irritado, lejos de dejarse conducir en brazos de su guardián, segun costumbre, le hundió en el cuello sus aceradas uñas, infiriéndole dos atroces heridas. Aquella hazaña pareció, no obstante, calmar al coati, y se le pudo llevar á casa; pero este desgraciado incidente me decidió á desembarazarme de ambos animales, y no sabiendo cómo remitirlos á un jardín zoológico, dispuse que los mataran.

»Por todo esto se puede comprender cuán voluble es el carácter de los coatis: gustábanles las caricias, pero se contentaban con recibirlas, y en cambio no sabian hacer otra cosa sino saltar pesadamente á los hombros de las personas, y esto, mas bien por pasatiempo que por cariño.»

### OSOS ARBORÍCOLAS—CERCOLEPTINA

La tercera sub-familia está constituida por los osos arborícolas.

**CARACTÉRES.**—Son de pequeña ó á lo mas de mediana talla; sus miembros son prolongados; la cola larga y por regla general prensil; los dedos cortos y encorvados, con uñas mas ó menos retráctiles, por lo que sus patas recuerdan las de los gatos. Su fórmula dentaria no tiene comunmente mas que cinco molares en cada una de las mandíbulas, pues en la única variedad en que se presentan seis, suele caer uno; tres de ellos corresponden á los falsos molares y los dos restantes son muelas.

saltaron sobre ella; la pobre mujer no sabia lo que le pasaba y rechazó á los animales para huir, mas no la dejaron sin morderla varias veces. Por la mañana se les halló en unas breñas: el macho no quiso obedecer á la voz de su guardián, oponiéndole por el contrario una vigorosa resistencia; y como cada día era mas difícil dejar á los coatis en libertad, resolvi al fin encerrarlos en una gran jaula para evitar nuevos accidentes. Luego dispuse que la pusieran en la cuadra, pero inquietáronse los caballos y estuvieron relinchando toda la noche.

»Acercábase el invierno: no me era posible tener los coatis donde estaban, ni sabia ya qué hacer de ellos, cuando un nuevo incidente me obligó á tomar una determinación. Cierta dia, abusando el macho de la libertad que se le daba algunas veces, huyó de casa; buscóme mi criado y le halló á la orilla del lago escarbando en la arena. Al verle el animal, dió un salto de lado, lanzando su grito de cólera; debo advertir que era preciso coger á los coatis por la cola, la cual llevan siempre levantada; sosteniéndolos entonces con el brazo tendido se les impedía que arañasen, y cuando despues

### LOS KINKAJÚS Ó CERCOLEPTES—CERCOLEPTES

En los veinticinco últimos años del siglo XVIII, se vió en Paris y mas tarde en Lóndres, un animal de América que gozó el privilegio de excitar en alto grado la curiosidad pública: este animal desconocido, era el kinkajú. Oken creyó, sin embargo, que Hernandez habia hablado de él con el nombre de *comadreja de los árboles ó quauh-tenzo*; pero la descripción que dió este fué tan defectuosa, que no se puede establecer nada con seguridad. Alejandro de Humboldt fué el primero que facilitó detalles precisos acerca de este animal. Antes de que él ilustrara el asunto, ningun mamífero habia ofrecido tantas dificultades á los naturalistas; los unos le tenian por un lemúrido, llamándole *maki pardo (Lemur flavus)*; otros, considerando que la fórmula dentaria era muy distinta de la de los monos, le suponian viverrideo, dándole el nombre de *comadreja mexicana (Viverra caudivolvula)*; pero la cola enroscada, y sobre todo la dentición con molares romos, indicaban un omnívoro y no coincidían con los caracteres de los viverrideos. Por último, clasificóse al kinkajú entre los osos, juntamente con otros animales no menos notables.

### EL KINKAJÚ POTTO Ó MARTICA—CERCOLEPTES CAUDIVOLVULUS

**CARACTÉRES.**—El kinkajú potto ó de cola enroscada (fig. 311), que los brasileños llaman *manaviri ó cuchumbi*, y

los mexicanos *martica*, tiene el cuerpo prolongado y pesado, sostenido por piernas cortas; la cabeza es corta y gruesa tambien, así como el hocico; los ojos bastante grandes, las orejas pequeñas, los dedos reunidos hasta la mitad de su extensión y provistos de uñas sólidas: la planta de los piés está desnuda. La cola es mas larga que el cuerpo y se enrosca como la de varios marsupiales y monos aulladores. El kinkajú adulto mide mas de 0<sup>m</sup>90 de largo, de los cuales corresponden 0<sup>m</sup>47 á la cola; su altura es de 0<sup>m</sup>17. Tiene el pelaje espeso, bastante largo, algo crespo, suave y lustroso; su color es amarillento claro en los costados y el lomo, con reflejos un poco rojizos y visos de un pardo oscuro; cada pelo es gris en la raíz, amarillo rojo en el centro y pardo oscuro en la punta. A lo largo de la espina dorsal corre una faja ancha de color oscuro, distintamente limitada; la parte inferior del cuerpo es de un pardo rojo, mas claro en el vientre, en cuyo centro hay otra faja longitudinal del mismo tinte; el lado externo de las piernas es pardo oscuro; la cola parda en su mitad anterior y negra en la posterior.



Fig. 312.—EL BINTURONG NEGRO

celebrarse una fiesta en aquellos contornos. Cuando despues de media noche estaba todo tranquilo y silencioso, llamóme la atención un extraño ruido; dirigí la mirada por los alrededores, y á favor de la clara luz de la luna vi luego que salía de los bosques una manada compuesta de animales delgados, con larga cola, los que saltaban de rama en rama, ni mas ni menos que si estuvieran dotados de alas. Muchos de ellos se detuvieron en una palmera de papunha, y por los empujones que se daban, por sus murmullos y gritos, así como por la caída de las frutas, comprendí muy luego en qué estaban allí atareados. En un principio creí que eran monos nocturnos, hasta que á la mañana del siguiente dia, el propietario de la casa, el cual habia logrado coger á uno de ellos todavia joven, me indicó que durante la noche habia tenido que habérselas con los kinkajús.»

Aliméntase de pequeños mamíferos, pájaros, huevos, insectos, larvas, miel, frutos, y principalmente de plátanos é higos. Es muy aficionado á la miel; devasta las colmenas de las abejas silvestres, razon que le hace aborrecible á los indios; los misioneros le han dado con tal motivo el nombre de *oso melero*. Para coger su golosina favorita se sirve de su lengua, larga y protractil, con la cual registra las grietas mas estrechas y los mas pequeños agujeros; introdúcela por la abertura de la colmena, rompe los radios y lame la miel; en una palabra, hace de dicho órgano el mismo uso que el elefante de su trompa. Cuando se halla libre este animal, es algo cruel y sanguinario, aunque parece preferir el alimento vegetal.

Nada se sabe acerca de la reproducción de la martica: la hembra tiene dos mamas, y se deduce que no puede dar á

**DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.**—La martica tiene una grande área de dispersion; con efecto, encuéntrase en toda la parte norte del Brasil, en Nueva Granada, en el Perú, la Guayana, México y la parte sur de la Luisiana y la Florida. Segun Humboldt, abunda principalmente en las orillas del rio Negro y en Nueva Granada.

**USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.**—Habita en las selvas vírgenes, cerca de las corrientes de agua, y se alberga en los árboles; sus costumbres son nocturnas, y pasa todo el dia durmiendo en los troncos huecos. Por la noche es muy vivaz y activa, y corre por la cima de los árboles para buscar su alimento, en cuyo ejercicio le sirve de mucho su cola prensil. No cede á los monos en agilidad: todos sus movimientos son seguros y rápidos; se suspende de las ramas con la cola ó las patas posteriores, y baja de los árboles de cabeza; al andar apoya en tierra toda la planta del pié.

«Una noche, dice Bates, estábamos durmiendo delante de la casa de una familia indígena que se habia establecido en los bosques y que no nos pudo dar hospitalidad por causa de

luz mas que dos pequeños á la vez. Nunca se ha reproducido sino en estado libre.

**CAUTIVIDAD.**—Convienen todos los naturalistas en que el kinkajú es muy dócil con el hombre; al cabo de algun tiempo se muestra tan cariñoso como el perro; déjase acariciar con placer; reconoce la voz de su amo y prefiere la sociedad del hombre á la de sus semejantes. Excita á su guardián á jugar con él; le gusta que le atiendan, y por todo esto es uno de los animales domésticos preferidos por los indígenas en Nueva Granada.

Aun estando cautivo duerme todo el dia, cubriéndose con la cola no solo el cuerpo, sino muy especialmente la cabeza. Cuando le dan el alimento se despierta, mas apenas acaba de comer vuelve á dormirse. Al ponerse el sol se despierta, saca la lengua, da algunos pasos vacilantes; acércase al agua para beber y lavarse, y manifiesta mucha actividad. Salta y trepa; juega con su amo; lanza ligeros silbidos de alegría, y gruñe ó aulla como un perrito si le acarician. Se sienta apoyándose sobre las patas traseras, y coge su alimento con las delanteras, á la manera de los monos; sus movimientos tienen á la vez algo de los del oso, del perro, del mono y de la civeta; se sirve de su cola para coger los objetos que no puede alcanzar con las patas. Es tan sensible á la luz del dia, que al salir el sol busca el mas oscuro rincon y se reduce su pupila á un pequeño punto; si se tiene una luz cerca de él, manifiesta su descontento poniéndose inquieto y agitado. Come todo lo que le dan; lo mismo la carne que el pan, frutas, patatas cocidas, legumbres y azúcar: bebe leche, café, agua, vino y hasta aguardiente; los licores espirituosos le embriagan